

LA «EDAD DEL ESPÍRITU SANTO», SEGÚN J. DE FIORE Y EL «NEW AGE»: ¿LA CONTINUIDAD DE UNA HERENCIA TEOLÓGICO-ESPIRITUAL?

RAÚL BERZOSA

1. J. DE FIORE Y SU HERENCIA TEOLÓGICO-ESPIRITUAL

De entre la numerosa obra de H. de Lubac¹, en la presente comunicación nos detenemos en sus escritos sobre Joaquín de Fiore², abad cisterciense de finales del s. XII. ¿Qué tiene que ver este monje con nuestra actualidad, particularmente con la New Age? Lo veremos, exponiendo, primero, brevemente su pensamiento, siguiendo las pinceladas que nos ofrece nuestro teólogo francés.

J. de Fiore anuncia un tercer «estado o tercer tiempo» en nuestra vida terrestre: el tiempo del Espíritu. Lo encuentra reflejado en 1 Cor 13,12 («Ahora vemos como en un espejo; entonces lo veremos cara a cara») y Jn 16, 13 («Cuando venga el Espíritu de la verdad os guiará hasta la verdad completa»). Según estos pasajes, Jesucristo desaparecerá ante la revelación del Espíritu. «Todo el Evangelio no es más que un protoevangelio del Evangelio del Espíritu». Jesucristo no es el centro; es sólo un símbolo, un eslabón, que abrirá paso a la tercera edad. Incluso el hombre espiritual de la «tercera edad», al estar animado por el Espíritu, es superior al mismo Jesucristo en su humanidad. Parece como si el Espíritu se separase de Cristo para volver a poner en primer plano al Padre. Incluso la Iglesia de Jesucristo debe desaparecer en aras de la Iglesia del Espíritu.

Con su anuncio de la «edad del Espíritu» J. de Fiore hacía penetrar en los espíritus la idea de un progreso súbito, irreversible, «revolucio-

1. Para una visión de conjunto sobre la obra de H. de Lubac, cf. R. BERZOSA MARTÍNEZ, *La teología del sobrenatural en los escritos de H. de Lubac*, Burgos 1991; ID., *H. de Lubac, Teólogo de la catolicidad*: «Sal Terrae» 1005 (Octubre 1997) 763-777. Para conocer las obras de De Lubac traducidas a diversas lenguas, incluido el castellano, cfr. A. SANTOS HERNÁNDEZ, *Cardenal Henri de Lubac (1896-1991). Nota bio-bibliográfica*, «Estudios Eclesiásticos» 66 (1991) 327-335.

2. Cf. H. DE LUBAC, *La posteridad espiritual de Joaquín de Fiore*, Encuentro, 2 vols., Madrid 1989.

nario»³: un día, de forma total y definitiva, cambiará la vida («Oportet mutari vitam, quia mutari necesse est statum mundi»⁴).

Esta será la edad de los monjes, una «edad espiritual», sabia, pacífica, amable, que no conocerá más las pesadas estructuras ni la dualidad de la Iglesia y el Estado. La clase dirigente será una orden contemplativa y dominará toda la tierra. Es una concepción lineal del tiempo que cree no poder acoger nada nuevo si no es rechazando lo antiguo.

En resumen, según J. de Fiore, estamos entrando en la séptima edad, la del Espíritu. El cristianismo se purificará, abandonará su visibilidad propia de las anteriores fases inmaduras y se manifestará una Iglesia, y una humanidad, totalmente espirituales, alimentadas por la iluminación interior⁵.

Como afirma De Lubac, esta doctrina de J. de Fiore es «nueva, sin precedentes en la Tradición»⁶.

El problema de la visión joaquinita comienza precisamente aquí: la Tradición viva, en lugar de ser un principio de renovación, es un peso del que hay que desembarazarse; la suya es una doctrina de «discontinuidad» con el único misterio revelado y centrado en Cristo; no se admiten mediaciones sacramentales porque el acceso al Espíritu es «directo»; el Espíritu, separado de Jesucristo, no se sabe muy bien qué es; y la Trinidad queda distorsionada y reducida a «otra cosa» muy diferente a lo que profesa el credo cristiano⁷.

Desbancando a Jesucristo, por la irrupción del Espíritu Santo, se abre el camino a una «nueva gnosis» en la que Jesucristo ya no es el centro ni la piedra angular, sino sólo un símbolo o, a lo sumo, un maestro que indica un camino que le supera a Él mismo⁸.

Por eso, en palabras de H. de Lubac, «el cáncer denunciado por el concilio provincial de Arlés en 1262 no era una doctrina caprichosa, ni una corriente marginal, ni un episodio efímero en la historia cristiana, sino un fenómeno de extraordinaria importancia y de consecuen-

3. Se ha definido incluso su pensamiento como «La edad teológica de la revolución». Cf. H. MOTTU, *La manifestation de l'Esprit selon Joachim de Fiore. Herménétique et théologie de l'histoire d'après le «Traité sur les Quatre Évangiles»*, Neuchatel-Delechaux et Niestlé, Paris 1977, 320.

4. *Concordia*, 1, 2, c. 5, f 21r. Citado por H. DE LUBAC, *La posteridad espiritual...*, vol. II, 413.

5. M. BORGHESSI, *Posmodernidad y cristianismo*, Encuentro, Madrid 1997, 35; 154-182.

6. H. DE LUBAC, *La posteridad espiritual de J. de Fiore*, vol. 1, 19-68; vol. 2, 441-452.

7. ID., *La posteridad espiritual...*, vol. II, 414.

8. Para seguir profundizando en la obra de J. de Fiore, remitimos a J.I. SARANYANA, *J. de Fiore y Tomás de Aquino. Historia doctrinal de una polémica*, EUNSA, Pamplona 1979; ID., *J. de Fiore y América*, Eunat, Pamplona 1995; ID., *La crisis de la «Edad del Espíritu Santo»: «Miscellanea Mediaevalia» 21/1 (Berlín 1979) 106-121*; ID., *Sobre J. de Fiore y los milenarismos medievales*, en P. CASTAÑEDA-M.J. COCIÑA, *Los milenarismos en la Historia*, Cajasur, Córdoba 1996.

cias incalculables»⁹. J. de Fiore, hereje o santo, genio o iluminado, renovador o iniciador de una nueva religión, no puede ser despreciado en su relevancia ni mucho menos en la actualidad de «su herencia teológico-espiritual»¹⁰. En efecto, De Lubac, en su amplia obra, ha tratado de mostrar la línea de esa herencia que llega de Joaquín de Fiore hasta nuestros días y en la que, en diferentes modos y formas se ven envueltos pensadores de la talla de Lessing, Herder, Hegel, Schelling, Saint-Simon o el propio Dostoievski. Remitimos a la obra autorizada y suficientemente documentada del teólogo francés.

Es decir, J. de Fiore, de alguna manera, y según De Lubac, contribuyó sin duda a la formación del iluminismo moderno. Dando un paso más, M. Borghesi atribuye a J. de Fiore igualmente la paternidad del «racionalismo contemporáneo». ¿De qué forma? Según Del Noce, y otros, al negarse el pecado original y no admitir otro origen del mal que las cosas y personas afectadas por el mismo, se debe concluir que el mal y el límite de los seres creados coinciden. El hombre, para alcanzar su libertad, debe liberarse de lo finito. Por lo mismo, el racionalismo desemboca en la lucha por un mundo en el que los límites de la carne y de lo temporal son abolidos. Nos encontramos, entonces, con la Edad del Espíritu, predicada por J. de Fiore, en versión utópica, como un paraíso que se conquista¹¹. Y, a partir de aquí, centramos nuestra comunicación: queremos rastrear las posibles huellas del pensamiento del monje calabrés en el denominado fenómeno del «New Age»¹².

2. NEW AGE: ¿CONTINÚA LA HERENCIA TEOLÓGICO-ESPIRITUAL DE J. DE FIORE?

Afirma J. Naisbitt¹³ que, en épocas de grandes cambios y de crisis como la nuestra, la gente busca alguna clase de estructuración, es decir,

9. H. DE LUBAC, *La posteridad espiritual de J. de Fiore*, vol. II, 411.

10. Cf. H. DE LUBAC, *ibid.*, 412, quien cita testimonios importantes: «J. de Fiore, antes de Hegel, entendió que la historia es una lógica del Espíritu» (M. Collinet); «Por la exégesis de J. de Fiore, toda la estructura de la Iglesia se ha transformado: por primera vez la historia de la salvación aparece como una iluminación progresiva del hombre» (E. Benz); «Por no atender a la dimensión de futuro de J. de Fiore, hemos dejado, católicos y protestantes, el evangelio de la esperanza y la función profética en culturas secularizadas» (W. Kasper); «Es el mejor garante del modernismo» (E. Bonaiuti); «las gnosis contemporáneas también se apoyan en él» (H. Corbin).

11. Lúcidamente expuesto por F. DE HARO, *Introducción*, en M. BORGHESSI, *Posmodernidad y cristianismo*, 37.

12. La denuncia de la utilización de personajes marginales, prohibidos o místicos en la *New Age* ya la puso de relieve en su momento J. SUDBRACK, *La nueva religiosidad*, Paulinas, Madrid 1990, 63-80.

13. J. NAISBITT, *Prólogo*, en M. FERGUSON, *La Conspiración de Acuario*, Kairós, Barcelona 1980, 15-16.

puntos de referencia desde los cuales situarse y a donde agarrarse para seguir caminando y dar sentido a su vida. Esa búsqueda de parámetros, de nuevos caminos, da respuesta, en parte, y explica el actual resurgimiento de una nueva conciencia religiosa. Centenares de nuevas iglesias se han establecido durante las dos últimas décadas. Sin embargo existe una población en rápido crecimiento a la que no atraen tales estructuras externas: son las personas «orientadas hacia dentro», inclinadas a buscar en el interior de sus propios recursos espirituales. De modo que estamos asistiendo a un resurgimiento simultáneo de la *espiritualidad personal*. Esta espiritualidad se alimenta de la «alta percepción» (*High touch*) en contraposición a la de la alta tecnología de la sociedad actual (*High tech*). Explicado de otra forma más sencilla: las gentes hoy buscarían su autorrealización plena, el desarrollo de su potencial humano. Este punto es clave para comprender el espíritu de la Nueva Era: *La era de Acuario*.

El propio J. Naisbitt¹⁴ afirma con firmeza que la «conspiración de Acuario» no es otra cosa que el cambio de nosotros mismos, de nuestros espíritus. Estamos en la época de la búsqueda del maestro interior que todos llevamos dentro. Una espiritualidad del potencial humano, experimentada personalmente sin las mediaciones institucionales (Iglesias) o sacramentales.

Se da testimonio de lo que se ha vivido. Así, entre los teóricos de la nueva religiosidad, podemos destacar a Enrique Barrios¹⁵ con su mensaje Acuario, quien cuenta su experiencia acontecida en 1984: «Mientras disfrutaba del hermoso paisaje costero... La belleza del lugar me hizo acceder a un nivel superior de comprensión; entonces me encontré con el Amor, con el Padre-Madre Amor-Espíritu que habita en mí, en todos y en todo... Sentí por primera vez la alegría de la libertad, porque al descubrir, al experimentar que Dios habita en mí y que en cierta forma Él y yo somos uno, supe que en mí mismo estaba la fuente de todo conocimiento; en mí estaban todas las verdades. No más en los libros, no más en maestros externos, ya no más. Así nací a una vida nueva»¹⁶.

Estamos ante una nueva antropología mística¹⁷. La persona humana, según la New Age, es religiosa en el fondo de su existencia. Es religiosa en relación a un sentimiento y percepción originarios de la vida y de sus leyes. Es como la inmersión en la corriente «sobrenatural» de la vida misma. Esta nueva mística, en palabras de H. Mynarek¹⁸, pretende abarcar «todo» y «todos los espacios interiores y exteriores de la reali-

14. Cf. M. FERGUSON, *La Conspiración de Acuario*, 15.

15. E. BARRIOS, *Mensaje de Acuario. Voz del Dios Amor*, Errepar, Buenos Aires 1991.

16. *Ibid.*, 7.

17. Cf. J. SUDBRACK, *o.c.*, 16-18.

18. Citado por J. SUDBRACK, *o.c.*, 17.

dad». Siguiendo una línea antropológica fundamental, pide la ampliación, extensión y prolongación de la perspectiva humana, la dilatación de la existencia espacio-temporal hasta dimensiones desconocidas aunque anunciadas por los grandes místicos. En aras de esta nueva mística debemos acabar con lo objetual, lo dogmático, y las concepciones teológicas de las grandes iglesias. La nueva teología y espiritualidad es pneumática-funcional-dinámica y no objetual-institucional¹⁹.

En el fondo, estamos ante un nuevo concepto de religión. En 1975, se celebró en Viena el «Segundo Simposio Internacional» sobre el giro que parecía estar dando el tema de la creencia y lo religioso: el paso de una religiosidad confesional a otra de la experiencia; de una religiosidad institucionalizada a otra personalizada; de una religiosidad formal a otra más interiorizada²⁰.

En este sentido, Consuelo Martín²¹, discípula de Khrisnamurti, Nisargadatta y A. Blay, afirma que «la vida religiosa es la expresión del descubrimiento de la Verdad. Es religioso quien conoce vivencialmente el sentido misterioso de la vida. Ir una y otra vez a lo interno, lo que realmente soy, volver al origen de todo. El camino religioso y la investigación religiosa nos abren la posibilidad de vivir desde allí, donde toda ignorancia se disuelve»²². Religión es volver a unir lo separado. La autora enfrenta las religiones organizadas «que son creación del pensamiento humano», con esa otra religión auténtica «que es ante todo vivencia, bella integración de lo que estaba disperso, nueva visión vivenciada, creadora»²³. En definitiva, la religión es la vida del ser humano, «pero una vida con más propiedad, cuando ya se va haciendo más consciente. Porque cuanto más consciente es la vida humana más religiosa es. Las personas que parecen más religiosas son simplemente más despiertas. Su vida está más integrada, más unificada, más alineada con la unidad. El ser humano se torna más religioso cuando va siendo más consciente del sentido que tiene su vida»²⁴.

Las religiones como organización carecen de valor desde el punto de vista de la verdad. Sólo tienen un valor social o histórico²⁵. La fe es una confianza, un dejarnos mover por la verdad (y por el Espíritu) confiadamente. Ninguna importancia tiene que se acepten unas ideas o no. Unos dicen que creen en unas doctrinas, otros que no creen en

19. *Ibid.*, 17-18.

20. Cf. K.G. DURCKHEIM, *Más allá de las religiones*, Luciérnaga, Barcelona 1990; F. CULTRERA, *Hacia una religiosidad de la experiencia*, Atenas, Madrid 1994. Sobre la unidad religión-vida, cf. I. MUÑOZ, *Religión y Vida*, Paulinas 1994, 93-168.

21. Consuelo MARTÍN, *Lo verdadero y lo falso en religión*, Mandala, Madrid 1991.

22. *Ibid.*, 7.

23. *Ibid.*, 12-13.

24. *Ibid.*, 14.

ellas; sin embargo, su nivel de ser puede ser el mismo e incluso podría vivir con más fe, la persona que no acepta las creencias, y vivir con menos fe quien las acepta. La fe que tiene una persona no se nota porque diga «creo en Dios o no creo»; se manifiesta por la confianza con la que vive, por la paz y el equilibrio interior que expresa en su estar en la vida²⁶. La presencia de lo divino, del Espíritu, no es algo que hay que alcanzar y que es extraño a la vida diaria. Lo divino es el transfondo que tengo que descubrir en todo mi vivir. Es lo que dará sentido a mi vida, lo que únicamente me realiza²⁷. El «reino de los cielos», la vida religiosa no es algo separado de nuestra vida del mundo. Es el reino de los despiertos. Ser religioso es ser consciente, verlo todo desde la Verdad. La mente lúcida, despierta, es serena y religiosa²⁸.

La oración es la actitud natural de un ser humano cuando todavía se siente separado de la unidad. Es la actitud en la que nos encontramos habitualmente, sintiéndonos separados de la conciencia total que somos. La oración se tiene que convertir en oración de ofrecimiento y de plenitud de Ser. El camino de la religión es encontrar nuestra forma adecuada aquí y ahora; es volver a unirnos a la Realidad, de religarnos a ella. Es la decisión de estar unidos, de ser auténticos, de ser verdaderos, de tomar conciencia²⁹.

Concluye la autora: «Hacer de mi vida una contemplación es hacer que mi vida se vaya haciendo cada vez más consciente. Profundizar para abrir ese espacio interior es mi verdadera actitud religiosa. No intentemos hacer sagrada nuestra vida. Ya lo es. Seamos conscientes de ello al contemplar»³⁰. La plenitud, el éxtasis, será una conciencia total de unidad. Se trata, a través de todos los estados de sueño y vigilia, de vivir la unidad³¹. Subrayemos que el pecado, en versión New Age, no existe. Existe la limitación, la ignorancia, la imperfección cultural o la conciencia inferior. La perfección, como la superación del mal mismo, se adquiere mediante niveles de conciencia superiores. El hombre no es pecador; es imperfecto. Por sus propios medios puede adquirir estadios de conciencia superiores³².

Y, después de las anteriores pinceladas, nos preguntamos quién es y qué papel juega el Espíritu.

25. *Ibid.*, 15.

26. *Ibid.*, 72.

27. *Ibid.*, 77.

28. *Ibid.*, 88-92.

29. *Ibid.*, 101-104.

30. *Ibid.*, 108.

31. *Ibid.*, 120.

32. Cf. R. BERZOSA MARTÍNEZ, *Nueva Era y cristianismo. Entre el diálogo y la ruptura*, BAC, Madrid 1995.

El Espíritu es todo. El único que perdura como eterno y reintegra y unifica todo lo existente. Es también llamado «madre universal» o principio omnisciente y omnipresente, matriz cósmica, sustrato de toda manifestación, quien irradia la energía creativa. Su manifestación crística en Jesús y en los apóstoles, preparó el camino para su consagración y expansión total posterior. Desde hace 2.000 años, un buen número de personas, gracias al Espíritu, están sufriendo transformaciones profundas que harán posible la Nueva Era, la «Era del Espíritu»³³.

La interrelación de todo lo existente con el Gran Espíritu, es constante, en una especie de visión «holística de la realidad»³⁴. Y, junto a esta visión holística, una necesaria visión «evolutiva» de la realidad. Así, se afirma que la «conciencia» está llamada a desarrollarse, a ir subiendo cada vez más alto y a profundizar cada vez más hasta alcanzar su dimensión «cósmica y perfectamente espiritual». Algunos hablan de ocho cadenas del ser u ocho niveles de evolución: el octavo, es el Espíritu, el Absoluto. Sólo los grandes personajes (Jesús, Buda, Moisés) estuvieron cerca del último grado. Este Espíritu puede también degradarse y caer más bajo. Entonces, la Edad del Espíritu se eclipsa. No obstante, la Edad de Acuario será, por excelencia, la Edad dorada de la manifestación del Espíritu³⁵. La Era del Espíritu.

3. CONCLUSIONES

Expuestas, en síntesis, algunas claves del pensamiento de J. de Fiore y del fenómeno «New Age», teniendo como hilo conductor el protagonismo del Espíritu, debemos comenzar afirmando que existe entre ellos una especie de «continuidad discontinua».

Es cierto que la New Age, en su versión occidental, no hubiera sido posible sin la visión precedente del místico monje medieval. Ahí están, por ejemplo, el concepto de historia como evolución, de edad nueva del Espíritu y de la espiritualidad, de ruptura con la tradición, de comprensión del mal sin recurrir al pecado original, de nueva generación de hombres y mujeres espirituales y sin necesidad de mediaciones. Hasta aquí, en un rápido análisis sinóptico, las grandes coincidencias y claves heredadas de la visión joaquinita.

Pero, ciertamente, las coincidencias con la New Age, incluida la doctrina específica sobre el Espíritu Santo, no son equivalentes y uní-

33. Cf. *Léxico esotérico de la obra de Trigueirinho*, KIER, Buenos Aires 1994, 190; 354-355.

34. Cf. B. FRANCK, *Diccionario de la Nueva Era*, Verbo Divino, Estella 1994, 114-117.

35. *Ibid.*, 120-123.

vocas sin más. Llegamos a la conclusión de que la New Age, iría más allá de la visión de J. de Fiore, integrándola y mezclándola en una gnosis más amplia y, por lo mismo, más ecléctica. Fusionando diversas tradiciones culturales, espirituales y religiosas, más allá de lo cristiano. Y con una sospecha de fondo: el Espíritu del que se habla en el New Age no es el Espíritu del cristianismo, ni siquiera el de J. de Fiore. Para nuestro monje, ese Espíritu, era herencia cristiana, trascendente a la realidad creada y divino-personal. Para el New Age, en una visión inmanentista de la realidad, el Espíritu del que se habla no trasciende los límites del cosmos y, además, es una especie de gran atmósfera o energía envolvente esparcida en el conjunto de lo existente.

En el fondo, según M. Fuss³⁶, algo serio está en juego: La interpretación de lo religioso en clave «espiritualista», panenteísta, fusionando cosmos-hombre y divinidad, sin la necesidad de recurrir a un Dios Trascendente ni Personal. La no necesidad de un Cristo Mediador-Salvador, sino sólo como maestro interior. La insistencia en volver a una experiencia de lo divino en clave de profundidad, personalismo y comunitariedad. Y, finalmente, la desvirtuación, desde la óptica cristiana, de dogmas tan fundamentales como el trinitario, cristológico y la misma pneumatología.

Finalizo, con unas palabras del Nuevo Catecismo, que equilibran la realidad y papel del Espíritu Santo, sin caer ni en el misticismo de J. de Fiore ni en el eclecticismo del New Age:

«El Espíritu Santo coopera con el Padre y el Hijo desde el comienzo del designio de nuestra Salvación y hasta su consumación. Pero es, en los “últimos tiempos”, inaugurados con la Encarnación redentora del Hijo, cuando el Espíritu se revela y nos es dado, cuando es reconocido y acogido como persona. Entonces, este Designio Divino, que se consuma en Cristo, “primogénito” y cabeza de la nueva creación, se realza en la humanidad por el Espíritu que nos es dado: la Iglesia, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne, la vida eterna» (n. 686).

Concluimos: ni Espíritu sin Jesucristo; ni creación sin Espíritu. Ni Espíritu sin Iglesia; ni humanidad nueva sin Espíritu. Ni Espíritu sin Trinidad; ni historia sin Espíritu.

36. M. FUSS, *New Age*, en *Diccionario de Teología Fundamental*, 1023-1024.